

En este mundo hay dos tipos de personas: las que cargan el lavavajillas sin orden ni concierto, le meten la pastilla, lo encienden y a otra cosa, mariposa; y las que acaban con un tic en el ojo de solo ver a las primeras en acción.

Mi marido es de los segundos. Peor aún, de los que vuelve a colocar el contenido del lavavajillas después de que yo lo haya cargado.

Por sorprendente que parezca, aún no le he pedido el divorcio, aunque estoy bastante segura de que esos son motivos suficientes. Él sabe de la existencia de esta tendencia sociópata: lo hemos hablado y ahora lo cuento en un periódico nacional. El infierno no conoce furia como la de una mujer a la que le han cambiado de sitio, en su cara, los platos sucios que ha metido en el lavavajillas. Ni por esas, le da igual; está al acecho, esperando para abalanzarse sobre él antes de que yo lo encienda. Podría, claro está, contentarme con tener en casa a un experto en carga y descarga de lavavajillas si no fuera por que me ponen mala los profundos suspiros que suelta a compás y que dan a entender el enorme agravio sufrido en vida.

Según un estudio reciente realizado en Gran Bretaña, las parejas discuten por cosas de la casa unas cinco veces a la semana. ¿Cinco nada más? Me atrevería a decir que, en ese caso, uno de los dos pasa mucho tiempo trabajando fuera.

O si no, cuando estoy cocinando y me hace útiles observaciones del tipo: "¿Seguro que lo has dejado bastante tiempo?". Mientras menos se diga de mi reacción a esos comentarios, mejor.

Está obsesionado con la basura: la de reciclar, la del compost... Toda. Y yo... Yo no me acerco al appestoso contenedor ese de basura orgánica ni aunque me vaya la vida en ello. Total, que va acumulando en un plato los restos de comida y me los deja en la encimera de la cocina hasta que le toque sacarlos al contenedor. Pero, mire usted por dónde, ahí siguen a la mañana siguiente.

En mi casa, las obligaciones domésticas son como intentar sortear un tsunami. No hay manera de tener la situación

